

LA CONSTRUCCIÓN DE LA CONEXIÓN ENTRE LA PERCEPCIÓN DE LA AUTOIMAGEN FÍSICA EN ADOLESCENTES Y LA IDENTIDAD PSICOSOCIAL

MARÍA DE LA VILLA MORAL JIMÉNEZ, ANASTASIO OVEJERO BERNAL y JUAN PASTOR MARTÍN*

Una gran parte de la vida humana es como es a causa de influencias interpersonales y sociales. Durante la adolescencia –concebida como construcción social, histórica y culturalmente determinada– la percepción-interpretación de las opiniones y actitudes del grupo de iguales y los estándares propugnados por instancias más macrosociales como los mass-media modulan su identidad psicosocial así como su autoimagen física. Esta se ve sometida a los cánones estéticos actuales y a la cultura de lo efímero de la que habló Lipovetsky. La adecuación a estos ideales representa la prognosis de un buen ajuste en la construcción de la autoimagen física; sin embargo, la crisis pubertaria –aunque mayoritariamente resuelta de forma adaptativa– en especial en aquéllos que no se acomodan a los estereotipos conlleva desajustes en el plano psicoafectivo y emocional e incluso sobre un cierto rechazo, real o interpretado, del grupo de iguales. Y es que, aunque algunos adolescentes crean ser la excepción al yugo de la estética –como dijo Malcom Forbes– *no hay excepción a la regla de que todos quieren ser la excepción a la regla*. Sobre estas cuestiones se ha tratado de indagar en una muestra de 630 jóvenes estudiantes de Secundaria.

The construction of the connexion between the perception of the adolescent's physical selfimage and the psicosocial identity. The most of the human life is like it is as consequence of the interpersonal and social influences. During the adolescence –conceived as social construction, historicaly and culturaly determined– the perception-interpretation of the opinions and attitudes of the group of equals and the standars proposed by more macrosocial meanings as the mass-media modulate their psicosocial identity as well as their physical selfimage. This is subjected to esthetic canons and the culture of the ephemeral things, of wich Lipovetsky talked. The adaptation of these

* MARÍA DE LA VILLA MORAL JIMÉNEZ, ANASTASIO OVEJERO BERNAL y JUAN PASTOR MARTÍN. Área de Psicología Social. Departamento de Psicología de la Universidad de Oviedo.

ideals represents the prognosis of a good adjustment in the construction of the physical selfimage; however, the adolescent crisis –although it's mainly solved in an adapted way– specially those who don't adjust to the stereotypes bears disarrangements in the emotional and psicoaffective level and even in a certain push back, real or interpreted, of the group of equals. And it is that adolescent thing that they are the exception to esthetic yugo –as told Malcom Forbes– there isn't expectation to the rule *everybody want to be the rule exception*. It has been tried to look into this questions in a 630 young students sample of High School.

1. INTRODUCCIÓN: LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL E INVENCIÓN CULTURAL DE LA ADOLESCENCIA

Existen algunas preocupaciones comunes en los adolescentes, tales como aquellas relativas a los cambios corporales, sus relaciones con los padres o el grupo de iguales, el sujeto frente al sexo opuesto, etc., lo cual no soslaya la dificultad inherente a cualquier intento de conceptualizar qué es la adolescencia, motivado ello, en buena medida, por el halo de mitos y prejuicios que envuelve a este período vital. Dada la dificultad apuntada, a cualquier intento, más o menos acertado, de definir la adolescencia, sería interesante exponer algunas consideraciones preliminares respecto a qué no es, como antaño se definía la salud como ausencia de enfermedad, avanzando actualmente a una definición en positivo (OMS, 1986, *Carta Magna*). En principio, aparte de que no es un fenómeno universal, es una **construcción social**. Durante décadas se ha venido definiendo a la adolescencia en términos ya sea de *sociedad adolescente* según Coleman; de *etapa intermedia* y de *locomoción social* en opinión, entre otros, de Lewin; o bien, según Erickson, la tarea fundamental del adolescente consiste en la *búsqueda de identidad del yo*; también se ha definido en términos de un *proceso social* por medio del cual se establece una autoidentificación clara y estable; o ya sea como una supuesta crisis de *advenimiento de autoagnosia* (Nixon, 1961), y un largo etcétera. La adscripción de las características que definen el período de la adolescencia a criterios de carácter biológico, psicológico o psicosocial se ha sucedido a lo largo de las conceptualizaciones más difundidas de algunos autores. Mientras Rousseau asigna sus características a una causa de carácter biológico concibiendo la adolescencia como un *segundo nacimiento*, otros como Hall la reducen a fenómenos pubertarios. El reconocimiento del carácter psicosocial de este período de desarrollo vinculado al grupo,

se debe a M. Mead y otros científicos sociales. Esta interpretación sociológica es la que prevalece en la mayoría de los planteamientos actuales: la adolescencia en cuanto que construcción social e integración social y cultural. Como expuso Zazzo (1966), es "el período de inserción en la vida social del adulto" (citado por Pépin, 1975, p. 18).

Se tiende a convenir que durante este período se producen una serie de cambios biológicos y psicosociales y, si bien se coincide en afirmar que ciertos cambios puberales marcan el inicio de la adolescencia, el final de ésta y el acceso a la edad adulta viene definido por interacciones de carácter psicosocial que, indudablemente, no son tan precisos, máxime cuando muchos jóvenes fisiológica y psicológicamente adultos son adolescentes socialmente. Por tanto, el sentido más laxo o restringido de la aplicación del término adolescencia a un cierto colectivo, dotado de unas características tanto cronológicas como psicosociales específicas, varía enormemente en función del contexto y de la propia construcción teórica de la realidad de cada autor. Acaso el adolescente se defina por sus problemas: en vías de adultización en los planos sexual e intelectual y niño socialmente. Como adulto, no puede aceptar las formas de actuar y pensar de su medio ambiente y, como niño que aún es, sólo puede proponerse fines poco definidos verdaderamente personales que atañen a su individualidad: "El adolescente sólo puede poner su independencia al servicio de pequeñas causas, y la sociedad no se molesta mucho en proponerle las grandes" (Deconchy, 1979, p. 393). Se encuentran inmersos en todo un proceso de cambio físico y hormonal, psicológico y psicosocial, de modo que son precisamente los cambios psicosociales los que, en cierta medida, modulan al resto. Es indudable, pues, que los cambios que se suceden en este período, cuantitativamente se dan en una proporción acelerada y, cualitativamente, se produce un desarrollo y cambio psicológico, afectivo y social acompañado de la aparición de nuevas necesidades, motivos, capacidades e intereses (Moreno, 1986). La llegada a la adolescencia supone el comienzo de un período,

considerado como de transición, en el que se produce la elaboración de una nueva identidad de carácter físico, psicológico y social promovida como consecuencia de los cambios y reorganizaciones del esquema corporal, del acceso al pensamiento formal y de la apertura de nuevas redes de amistad y el afianzamiento y nueva creación de relaciones sociales con el grupo de iguales y con los adultos con una frecuencia y magnitud inusitada. Sin embargo, la preeminencia del uso de estereotipos en la descripción del adolescente es muy frecuente. Es más, estas etiquetas usadas para la definición de la adolescencia en cuanto que período vital, se generalizan al hecho diferencial de los adolescentes. Como consecuencia de los resultados de la multitud de investigaciones emprendidas sobre el tema, se han apuntado definiciones y apelativos la mayoría de las veces, cuando menos, dispares que contribuyen a fomentar este panorama confuso. Al respecto, Lapassade recoge la impresión de desconcierto de Zazzo, ya que, tras la lectura del capítulo de adolescencia del libro de Carmichael, comenta que "la unidad de la adolescencia es pulverizada por una multitud de hechos más o menos contradictorios" (recogido por Lapassade, 1973, p. 138).

Respecto a estas disquisiciones terminológicas, hace más de tres décadas, Muuss (1966) interpreta la palabra *adolescencia* desde tres criterios: sociológico, psicológico y cronológico. Con respecto al primero de ellos, sociológicamente ha de concebirse la adolescencia como el período de transición que media entre la niñez dependiente y la edad adulta autónoma. Psicológicamente representa, en su opinión, una *situación marginal* en la cual han de realizarse nuevas adaptaciones y, finalmente, desde un punto de vista cronológico, habría que contemplar grandes variaciones individuales y culturales a la hora de conceptualizar en términos de edad la adolescencia. Recoge la idea referente a la aceptación de diferencias tanto individuales como culturales en cuanto a la duración, comienzo y final de la adolescencia de modo que, si bien se recurre frecuentemente a cambios fisiológicos como índices inequívocos de su comienzo, se recurre a criterios sociológicos para determinar su fin, ya que *el final de la adolescencia depende de requisitos y condiciones culturales*

(Muuss, 1966). Por otra parte, en opinión de Rodríguez, Simarro y Zurita (1986, p.75), "el joven a los dieciocho años ha completado el 98% de su crecimiento, va consolidando un sentido razonablemente claro de su identidad personal y va creando su sistema de valores y metas en la vida". Sin embargo, bajo nuestro punto de vista, el ofrecer una edad cronológica tan precisa como referente de la adquisición y consolidación potencial de identidad, valores o metas, es una afirmación un tanto forzada pues, evidentemente, es todo un proceso psicosocial no vinculado con semejante precisión a una edad, la cual, la sociedad, por convenio, ha establecido como límite para empezar a considerar, supuestamente, al joven como adulto. Cuestión ésta que, a pesar de la adquisición por parte de los jóvenes de ciertos derechos y obligaciones, dista mucho de ser cierta ya que la auténtica *inserción* del joven en la sociedad adulta dotado de todos los roles propios se va ralentizando cada vez más como tendremos ocasión de exponer con posterioridad. Ahora bien, una relativización excesiva de los límites cronológicos puede conducir a difuminar el objeto de estudio (Moraza, 1997). En suma, esta pregunta relativa al interés por concretar el período final de la adolescencia fue respondida hace varias décadas por Stone y Church (1959) quienes sostuvieron que tentativamente se podría apuntar que "el individuo es mayor cuando la sociedad le dice que él ya lo es" (Stone y Church, 1959, p. 361). Así, mientras los adolescentes tratan de alcanzar, sin demasiada dilación, este estado adulto y de desempeñar los roles propios de él, la sociedad y sus circunstancias obstaculizan este acceso.

A pesar de las múltiples investigaciones sobre la adolescencia y sus cambios a múltiples niveles –o provocada, en buena medida precisamente por ello, es decir por los tópicos y estigmas– en el fondo es posible que los adolescentes sean unos auténticos desconocidos para la sociedad que constantemente les tiene en su punto de mira e incluso pueden ser unos grandes desconocidos para ellos mismos (Rechea, Barbaret, Montañés y Arroyo, 1995). La propia definición y conceptualización de la adolescencia –y de cualquier otra etapa del desarrollo– sólo es posible desde el reconocimiento explícito de que será una elaboración condicionada histórica y culturalmente,

elaborada en función de su aceptación por la sociedad. Por tanto, cualquier observador, más o menos imparcial, de la "realidad" psicosocial, motivacional, familiar, etc., de aquéllos, en particular se aventura a "hacer su propia 'construcción' de cualquier 'realidad' social particular" (Tajfel, 1982, p. 68).

En definitiva, el planteamiento adoptado en cualquier estudio que abarque múltiples aspectos de la percepción de la realidad juvenil ha de ser concordante con los postulados de la psicología social – como cualquier otro estudio en el que esté implicado el individuo en cuanto que ser social que es– no puede reducirse a aspectos de índole individual o meramente diádico, sino que hay que contemplar la involucración de ciertos aspectos históricos, dialécticos y simbólicos de la conducta humana, así como el propio contexto social en donde se construye la interacción (Alvaro, 1995). No podría ser menos, dada la multiplicidad y complejidad que define lo social y lo cambiante de la realidad social.

En la actualidad, la adolescencia es un período cada vez más largo condicionado esto por factores de muy diversa índole, y caracterizado por la búsqueda de sí mismo, de *identidad personal y social* (Stone y Church, 1959, 1980; Rodríguez-Tomé, 1972; Garrison, 1978; Reymond-Rivier, 1982; Horrocks, 1984; Fierro, 1985, 1990; Lehalle, 1986; Cánovas, 1995; Ovejero, 1995, 1997a, 1997b; Moral, 1997; Moraza, 1997; Serra, 1997, etc.) factor éste de trascendental importancia a nuestro juicio, como argumentaremos con posterioridad, y conectado con la propia autoimagen a nivel corporal de los adolescentes.

2. LA RESOLUCIÓN DE LA *CRISIS PUBERTARIA*: AUTOIMAGEN FÍSICA E IDENTIDAD

La principal tarea en la etapa adolescente es la necesidad intrínseca del individuo de configurar y consolidar una identidad; de manera que se define, al comienzo, por una intensa preocupación de los adolescentes por descubrir su naturaleza individual, y acaba una vez que han establecido un sentido coherente del yo y de la identidad

personal. Y la adquisición de una identidad personal sólo es posible en un marco social y gracias al proceso de interacción del individuo con una determinada estructura social. Ciertamente, el autoconcepto tiene una naturaleza psicosocial ya que no sólo depende de cómo se percibe el individuo, sino de cómo percibe que le evalúan los demás. Y es que, baste recordar que la innovación introducida por James y Mead, como máximos baluartes de posiciones interaccionistas, a diferencia de los psicoanalistas, fue la consideración del yo como un *producto social* construido a través de las interacciones sociales, y no concebido como determinista ni estático, sino modulado por los procesos interaccionales. Consideración del yo netamente psicosocial, sin duda.

Al igual que en cualquier otro tipo de conocimiento, el adolescente va construyendo el conocimiento de sí mismo a través de la interacción con su entorno físico y social, de modo que los roles sociales que asuma en sus relaciones con los otros y las expectativas que, a su vez, estos elaboren sobre las propias conductas, serán algunos de los factores que contribuyen a la construcción y conformación multicausal del yo. Es más, al definir el autoconcepto como un constructo teórico y social (Martín, 1990) que, sin embargo actúa como regulador de la conducta del sujeto. El concepto se refiere, pues, a las autopercepciones colectivas del sujeto formadas a través de las experiencias que tiene con el ambiente, así como de las interpretaciones que hace de él, las cuales, a su vez, están influidas, en gran medida, por las propias evaluaciones y refuerzos que recibe de otras personas significativas (Shavelson y Bolus, 1982). Ya que consideramos el autoconcepto como un *constructo multidimensional*, es pertinente citar los trabajos de Harter (1982, 1984, recogidos en Martín, 1990; Núñez y González-Pienda, 1994, etc.), en los cuales se concluye que los niños mayores de ocho años distinguen cinco dimensiones diferentes del autoconcepto que aluden a competencia escolar, deportiva, aceptación social, actividad y apariencia física.

Respecto a la *apariencia física* convendría cuestionarse sobre la extensión y generalidad de las supuestas crisis pubertarias e incluso sobre la propia consideración de la adolescencia como una etapa

marcada por la sucesión de crisis de muy diversas índole (fisiológica, emocional y social). Así, hace más de tres décadas André Canal (1966) se formuló, respecto a la adolescencia, cuestiones aún hoy causa de controversia: *¿Final de una evolución?, ¿simple acceso?, ¿valor social?, ¿período dinámico?*, etc. También recogió algunas sentencias al respecto: *edad del idealismo por excelencia, edad de la afirmación de sí mismo, edad de la independencia, edad de la inquietud, edad de la indecisión*, etc., y él mismo añade *¿edad de la crisis?* (Canal, 1966, p. 57). Ahora bien, para el autor la supuesta crisis del adolescente –en caso de que exista– es una crisis natural. Es más, según él, en ningún caso se puede hablar de crisis sino más bien de un *período de crecimiento muy intenso de todo el ser*, de modo que no ha de suponerse que sea un fenómeno general de carácter absoluto. Como expone el autor, no hay motivo para definir la adolescencia como la edad de la crisis, sino, que el adolescente un ser que crece y evoluciona y que experimenta cambios cuya resolución puede que le provoque un cierto desconcierto (Canal, 1966). Lo cierto es que la propia identidad puede definirse como una (re)construcción en relación al contexto relacional. Es como si la identidad la inventamos todos, como instrumento para manejarnos nosotros mismos y para ordenar y entender la realidad de la que formamos parte (Ramírez Goicoechea, 1991). La identidad es interiorizada como algo invariante lo cual garantiza la estabilidad en las percepciones e interacciones entre los sujetos.

Si se retoma el planteamiento referente a la consideración de la búsqueda de sí mismo como preocupación principal del adolescente, hace ya varias décadas, Stone y Church (1959) sostuvieron que las nociones sobre sí mismo de un individuo –y máxime de un adolescente– están profundamente enraizadas en la experiencia de su propio cuerpo. Es más, en opinión de los autores, el adolescente experimenta un sentimiento de *encontrarse fuera de lugar* en ámbitos tales como el grupo de pares, el mundo adulto, en aspectos relativos a la proliferación de ideales, y, en gran medida, este sentimiento también lo experimenta en su propio cuerpo (Stone y Church, 1959). Años más tarde, los autores (1980) seguían

defendiendo que el tema central de la adolescencia es el de la identidad pero he aquí que en su construcción figurada hay un aspecto con auténtica *corporeidad* ya que "el adolescente tiene que habituarse a su cuerpo renovado con nuevas capacidades para la sensación y la acción, y tiene que alterar su imagen de sí mismo en consonancia con ello" (Stone y Church, 1980, p.13). Esto es, interpreta y se adapta, finalmente, a los cambios. Efectivamente, también en expresión de Giddens (1995), se afirma que *el yo individualmente está corporeizado*. Pero, sin duda, el individuo aprende acerca de su cuerpo en función de su implicación práctica con los demás (*captación de la realidad en la práctica diaria*) de tal manera que la propia identidad del yo estaría "expuesta" a los demás debido a su propia corporeización.

Como resultado de la influencia recíproca de diversos factores de índole fisiológica, psicológica y social se va conformando la imagen del yo. En opinión de Garrison (1978), a lo largo de la adolescencia el concepto de yo se halla fuertemente influido por las experiencias físicas ya que el individuo ha de adaptarse ininterrumpidamente a los cambios corporales y, lo que es más importante, ha de *reestructurar sus conceptos personales de acuerdo con estos cambios* (Garrison, 1978), cambios cuya "interpretación" está condicionada socialmente. En efecto, esta reestructuración de su concepto de sí mismo y su reenfoque en virtud de los cambios no sólo internos (físicos y psicológicos), sino, fundamentalmente psicosociales vinculados a cambios en ámbitos vitales para el joven, que representa, en definitiva, la búsqueda y asentamiento de un concepto social de sí mismo, representa un asentamiento social y personal, un modelamiento del sí mismo condicionado, entre otros, por los ideales de su grupo de pares. De modo que, en opinión de Lewin (recogido en Monedero, 1982, p. 438), *el niño que cambia de cuerpo tiene que cambiar también de grupo social*.

Los jóvenes van desarrollando durante la adolescencia multitud de sentimientos y actitudes, más o menos contradictorios, hacia sus cuerpos, factor que contribuye significativamente a la evolución de su sentido de identidad personal (Herbert, 1988). La

propia percepción del adolescente de su autoimagen corporal, así como la interpretación subjetiva de la misma y de la modulación de la que es objeto por sus otros significativos, constituye uno de los factores que conforman su identidad personal, si bien cabría apuntar la posibilidad de que los adolescentes posean varias identidades, tantas como percepciones, más o menos subjetivas, de su imagen por los miembros integrantes del grupo cuyas opiniones modulan la propia autoimagen.

2.1. Autoimagen física - cambio corporal e identidad: aspectos psicosociales y evolutivos

La construcción de la propia identidad se forja al principio de la adolescencia sobre las características físicas y se enriquece progresivamente con elementos de índole psíquica y social. Los cambios físicos que experimenta el adolescente le obligan a revisar y reconstruir su concepto de sí mismo, de modo que el aspecto físico se convierte en un valor esencial que modula su autoestima (Montañés y cols., 1995). El adolescente tiene conciencia de su cuerpo, lo percibe con unas determinadas peculiaridades que lo distinguen de los otros. En buena medida, se experimenta a sí mismo por medio de los demás, como ya apuntasen los interaccionistas simbólicos. Sin embargo, esta modulación psicosocial no ha de interpretarse aludiendo meramente a la metáfora del espejo. El grupo no es sólo *modelador* de los conceptos de sí mismo del adolescente, éste a nivel individual también influye sobre ciertos procesos psicosociales (expectativa social, liderazgo, cohesión, imitación, etc.) subyacentes a la dinámica de un grupo. No puede hablarse, pues, de una influencia en una sola dirección, en sentido estricto.

Si atendemos a ciertos aspectos psicosociales y evolutivos, sin duda, la adolescencia es un período peculiar respecto a la evolución del autoconcepto ya que se produce un cambio que atenta contra la estabilidad del concepto de sí mismo de los adolescentes, y una posterior consolidación y perfeccionamiento. A estas edades la

apariciencia física junto con la aceptación social (atractivo físico y popularidad) constituyen los elementos más poderosos a la hora de considerarse a sí mismo como competente y capaz (Harter, 1988). Recordemos que en la cuarta fase (12-18 años) propuesta por L'Ecuyer (1981), se propugna la *diferenciación del Yo* como logro básico de este período. Se otorga preponderancia, además, a la imagen corporal y la precisión en las diferenciaciones aparecidas durante la adolescencia. Sin duda, se producen modificaciones en la autoestima y se revisa la propia identidad. Se asiste a una reelaboración de la imagen corporal, de modo que este interés del adolescente por su apariencia es comprensible dada la velocidad de las transformaciones corporales, si bien este sentimiento se convierte en preocupación, inquietud e incluso ansiedad como consecuencia, en buena medida, del tipo de sociedad que hemos construido. Con demasiada frecuencia los adolescentes están pendientes de sus cuerpos y de los cambios físicos que experimentan y "a menudo dudan si son atractivos o 'normales'" (López Sánchez, 1995, p. 69). Diversos estudios sugieren que el individuo aprende a forjarse un ideal cultural acerca de los cánones de belleza del cuerpo humano –cánones forjados socialmente– y en función de la comparación con los cuales y de ciertas interpretaciones subjetivas de los mismos, los adolescentes podrán experimentar diversos grados de satisfacción con el propio cuerpo. Ciertamente, la imagen que los adolescentes tienen de sí mismos, así como los ideales o cánones de belleza física no representan sino estereotipos creados y difundidos por los medios de comunicación, imágenes irreales cuya "irrealidad" se afanan los jóvenes en modelar en sus propios cuerpos. El adolescente atiende a los cambios relativamente bruscos que se producen durante la pubertad, se fija en su cuerpo y desarrolla nuevos sentimientos y actitudes hacia él. Este cambio operado en su cuerpo es interpretado vinculándolo al contexto sociocultural. Le otorga una importancia desproporcionada, dado que existe en la sociedad actual *un verdadero culto por la estética corporal*. Lo cierto, por tanto, es que "es necesario resaltar el hecho de que la adolescencia es una de las etapas de la vida en que más preocupa el propio cuerpo, sus características y

desarrollo, siempre comparándolo con el de los otros" (Rodríguez, 1995, p. 43).

La imagen del propio cuerpo –el denominado *contexto disonante* de Rosenberg– constituye otro de los factores conectados con el concepto de sí mismo. Coleman (1985, pp. 72-74) recoge algunos de los trabajos pioneros, de hace varias décadas. Así, Secord y Jourard (1953), fueron los primeros en demostrar la correlación entre la satisfacción en el propio cuerpo y las actitudes positivas hacia sí mismo. Otros, como Gunderson (1956), mostraron en adolescentes varones (y Jouvard y Secord, 1955, en mujeres) que la desviación con respecto a una estatura y pesos preferidos ejercería una influencia marcadamente negativa sobre la autoestima. Recientemente, según expone Doise (1996, p. 30), las variaciones entre adolescentes en aspectos relativos a su identidad personal, se relacionan con variables referidas a creencias vinculadas a su aspecto físico y, en menor medida, con su popularidad y rendimiento escolar y deportivo. A este respecto, en diversas investigaciones comentadas por el autor (Verkuyten, 1990; Makris-Botsaris y Robinson, 1991) se constata que las correlaciones más elevadas entre puntuaciones factoriales y autoestima se refirieron a la apariencia física.

En virtud de lo expuesto con anterioridad y, de las influencias recíprocas sobre autoimagen corporal e identidad hemos de añadir que el cuerpo (su percepción-interpretación) juega un papel primordial en la formación del concepto de sí mismo, concretamente en la construcción de la autoimagen y cualquier desajuste real o percibido de unos ciertos patrones impuestos se asocia con desajustes a nivel psicoafectivo y emocional. Se ha comprobado que la baja autoestima del esquema corporal de los adolescentes correlaciona con depresión y ansiedad (Rodríguez, 1995), ya que el reconocimiento de los otros constituye un elemento de trascendental importancia para asegurar, junto a otros factores, un concepto positivo de sí mismo, así como una identidad reconocida y aceptada por otros. En opinión de Grinder (1972), el yo psíquico emergería de un concepto de sí mismo somático, ambos estrechamente vinculados a un yo psicosocial fruto de la interacción con los grupos ya sea de pertenencia o de referencia.

Sin embargo, puede que el adolescente perciba e interprete que la realidad física se aparta de su concepto de yo físico, lo cual puede conllevar ciertos sentimientos de inseguridad, inferioridad y ansiedad. Asimismo, se han descubierto diferencias intersexuales, de modo que según los resultados de la investigación de Siegel (1982), el hecho de que la autoestima tienda a ser significativamente más baja en las chicas que en los chicos, podría estar condicionado por la creciente preocupación por la apariencia física que muestran las adolescentes. El autor encontró que las chicas informan de una mayor insatisfacción con sus cuerpos y apariencia respecto a los chicos de la misma edad (recogido por Martín, 1990, p. 362). De modo inexcusable, ha de hacerse referencia al poderoso influjo del medio sociocultural y a la propia presión del grupo de iguales y al proceso de percepción e interpretación del mismo. Y es que decía Epicteto que no son las cosas las que nos preocupan, sino las percepciones e interpretaciones que elaboramos acerca de ellas.

En suma, durante la adolescencia se problematiza con el cuerpo en desarrollo, en función de una gran presión social y puede chocar frente a una autocrítica racional insuficiente para responder cognitiva y/o emocionalmente a las presiones de las que los adolescentes son objeto (Toro, 1993). Es más, la acomodación a los estereotipos de belleza condiciona, en gran medida, la autoestima, actitudes y sentimientos del adolescente, de modo que los jóvenes cuya imagen corporal se asemeje más a aquéllos tienden a tener, según confirman las investigaciones, mayor seguridad en sí mismos, mayor autoestima, suelen ser más populares y se relacionan mejor con los otros.

El joven –en cuanto que individuo cuya vida se desarrolla en sociedad– interactúa en un ambiente regido por unos roles sociales y culturales y por una diversidad de valores y normas explícitos e implícitos que condicionan su actuación. Es enjuiciado por el grupo de iguales y por otros grupos socializadores en función de la aceptación o rechazo de estos criterios. La respuesta de los otros hacia el individuo, modulará sus sucesivas interacciones y hará que adopte como propios –reformulándolos– diversos criterios definitorios del

grupo con el que desea establecer contactos. Su autoconcepto, permanecerá sujeto a cambios, en ocasiones, y consistente, en otras, dado que funciona según el criterio de una cierta permeabilidad selectiva. En efecto, "el autoconcepto actúa como pantalla selectiva cuya permeabilidad viene determinada por la historia del desarrollo individual y por la naturaleza del medio relativo a la persona" (Burns, 1990, p. 32). Sin embargo, por regla general, ningún adolescente admite que la percepción de su autoimagen corporal esté modulada socialmente y que se dejen influir por ciertos canones a los que anhelan ajustarse; sin embargo –al recordar las palabras de Forbes– hemos de convenir en que no hay excepción a la regla de que todos quieren ser la excepción a la regla.

OBJETIVOS DEL ESTUDIO EMPÍRICO

El hilo conductor que se propone desde este trabajo es un aspecto tan psicosocial como la modulación social del autoconcepto a nivel de la apariencia física y su conexión con la identidad personal condicionada socialmente mediante ya sea diversos procesos interactivos y procesos derivados (expectativas, influencia social, amistad, cohesión/rechazo, etc.) de la relación entre los iguales. En este artículo se recoge la hipótesis, según la cual, la conformación de una *autoimagen física negativa* está conectada con una tendencia a experimentar ciertos trastornos emocionales y socioafectivos (trastornos del comportamiento, depresión/ansiedad, problemas de relación, etc.) y otros desajustes en el concepto de sí mismo a nivel emocional y general y en la relación con los iguales, de ahí que se trate de determinar la implicación de estos factores así como el peso específico de los mismos.

MÉTODO

Muestra

Mediante un muestreo intencional u opinático, se ha llevado a cabo la selección de la muestra de todo el colectivo de estudiantes de Secundaria de un Instituto Público de Avilés (*I.S.O "La Magdalena"*). Consideradas las necesidades del Departamento de Orientación del Centro se enfocó la investigación hacia un estrato poblacional que abarca, básicamente, desde la *primera adolescencia* (12-13 años) hasta la *adolescencia media* (17-19 años). La muestra está formada por 630 alumnos, 302 adolescentes varones que representan el 47.9% de la muestra y 328 chicas que representan el 52.1%. La distribución de las edades en función del sexo de los componentes de la muestra es muy similar. El rango de edad oscila entre un mínimo de 12 años y un máximo de 20 siendo la moda 16 años y la media cercana a los 15 años y medio. La elección de estos niveles de edad se debe es un período de edad en el que se suponen cambios a múltiples niveles – fisiológico, psicológico y social– ya que el adolescente como cualquier individuo es una entidad biopsicosocial.

Variables e Instrumentos

Entre las múltiples variables investigadas, nos centraremos en las siguientes: apariencia física, dimensión general del concepto de uno mismo, la relación con el grupo de iguales y la estabilidad/desajuste emocional. Los instrumentos empleados han sido las dimensiones del autoconcepto aludidas (General; Apariencia Física; Estabilidad Emocional y Relación con los Iguales General, del mismo Sexo y DRIGX Dimensión con los Iguales de distinto Sexo) del *Self Description Questionnaire-II* (SDQ-II, Marsh, 1992) y los siete factores (Depresión/Ansiedad; Conducta Delictiva: Conducta Agresiva; Quejas Somáticas; Problemas de Pensamiento; Problemas de Relación y Búsqueda de Atención) que integran el *Young Self*

Report (Y.S.R.) elaborado por Achenbach. A partir de los ítems contenidos en el instrumento y el tipo de formulación planteado en sentido de normalidad o de indicio de trastorno, es posible definir la existencia de *Conducta Deseable* y *Conducta Problema*.

Procedimiento

En diversas sesiones se administraron las sucesivas pruebas contando con la inestimable colaboración de los Tutores de los 23 grupos escolares cuyos alumnos constituyen la muestra seleccionada.

Análisis de datos

En función de los objetivos planteados –estudio descriptivo de la autoimagen física en comparación con otras dimensiones, conexión entre la percepción negativa y ciertos trastornos a nivel emocional (depresión/ansiedad) y socioafectivo, comprobación de la existencias de diferencias en función del sexo, modulación social de la autoimagen– se emplearon diversas técnicas estadísticas. Entre ellas, técnicas de reducción de datos (análisis discriminante) y análisis de la varianza (ONEWAY). Para el análisis y procesamiento de los datos se ha empleado el paquete estadístico SPSS/WIN versión 6.1.3.

RESULTADOS

En la conformación de la autoimagen a nivel físico en los adolescentes confluyen multitud de variables que mediante la interacción de unas con otras modulan la percepción, valoración e interpretación del concepto de sí mismo a nivel individual, que está, en definitiva, modulado por la acción de agentes exteriores, ya sea grupo de iguales, medios de comunicación, modas, etc. Y es que, nuestra imagen corporal, "no es el espejo fiel de nuestro cuerpo tal como es... sino la interpretación del cuerpo por el individuo" (Abraham, 1963, citado por Lutte, 1991, p. 86).

En primer lugar, se procede a exponer la distribución de frecuencias y porcentajes de respuesta según los niveles considerados (F: falso, 2: principalmente falso, 3: más falso que verdadero, 4: más verdadero que falso, 5: principalmente verdadero y V: verdadero) ante, por un lado, los 6 ítems que componen la valoración positiva de la autoimagen física (DAFIP) (véase Tabla 1) y, por otro, la autopercepción negativa de la misma (DAFIN) (véase Tabla 2). En virtud de lo expuesto, se aprecia cómo no se llega a producir, en términos generales, ningún sentimiento de *despersonalización* o *extrañeza de sí mismo* durante la adolescencia, si bien esta supuesta crisis, en opinión de diversos autores (p.e. Monedero, 1982), aparece durante la etapa de disarmonía pubescente, y recordemos que el nivel de edad de la muestra que compone nuestra investigación abarca un estrato de edad más amplio (13-19 años). Quizá este hecho –unido a que esta crisis es superada en la mayoría de los casos adaptativamente– puede aducirse como interpretación de los porcentajes de respuesta moderados que se obtienen en la dimensión relativa a la autopercepción negativa de la apariencia física. A pesar de ello algunas de las respuestas son idóneas para ser comentadas.

La variable a nuestro juicio más significativa, al menos por sus implicaciones a nivel psicosocial y emocional, es "*odio la forma en como me veo físicamente*" (AUTOT66) la cual es utilizada como variable de agrupación en el análisis discriminante cuyos resultados se expondrán y comentarán con posterioridad. En esta afirmación ha de tenerse en cuenta el posible tipo de sentimientos y desajustes emocionales subyacentes, precisamente por el empleo de un verbo, *odiar*, cuyo empleo tiene importantes connotaciones psicológicas. Pues bien, un nada despreciable 28.8% de la muestra (N=173) responden afirmativamente ante esta posibilidad (niveles de respuesta 4, 5 y 6), siendo lo más significativo a nivel psicológico el hecho de que 68 adolescentes (11.3%) responden con el nivel máximo de la escala Lickert (nivel 6: verdadero). Esta autopercepción tan negativa de la autoimagen física, condicionada socialmente, no es generalizable a todos los adolescentes ya que un 39.7% (N=235) la rechazan con contundencia (nivel de respuesta 1: falso). Asimismo,

otra respuesta que conecta con lo comentado con anterioridad, es que ante la afirmación "hay un montón de cosas respecto de como soy físicamente que me gustaría cambiar" (AUTOT44) un 22.2% de los adolescentes (N=134) (extensible a un 48.0%, N=280, si consideramos los tres niveles indicadores de respuesta afirmativa) se muestran totalmente conformes, mientras que el 24.4% (N=147) la consideran falsa. Esta misma tendencia de respuesta, esto es, rechazo de las afirmaciones en el grado máximo de la escala (falso) se obtiene ante afirmaciones tales como "Soy más guapo que la mayoría de mis amigos" (AUTOT88) (37.6%, N=224); "Soy atractivo físicamente" (AUTOT33) (25.6%, N=153); "Tengo un cuerpo bonito" (AUTOT110) (23.5%, N=139) o "Tengo una cara bonita" (AUTOT22) (20.1%, N=12).

TABLA 1

DISTRIBUCIÓN DE RESPUESTAS Y PORCENTAJES DE RESPUESTA ANTE LOS ÍTEMS QUE MIDEN LA VALORACIÓN POSITIVA DE LA AUTOIMAGEN FÍSICA

DAFIP: DIMENSIÓN APARIENCIA FÍSICA (ítems +)	F. %	2 %	3 %	4 %	5 %	V. %
AUTOT11 Los demás piensan que soy guapo/a	16.7	10.9	26.7	27.5	10.1	8.0
AUTOT22 Tengo una cara bonita	20.1	11.0	24.0	26.3	7.3	11.3
AUTOT33 Soy atractivo/a físicamente	25.6	11.2	28.1	22.7	5.4	7.0
AUTOT88 Soy más guapo/a que la mayoría de mis amigos/as	37.6	15.0	24.4	13.6	4.4	5.0
AUTOT110 Tengo un cuerpo bonito	23.5	12.5	23.3	19.9	9.1	11.7
AUTOT143 Es importante para mí tener buen aspecto	8.5	3.1	7.5	18.0	19.4	43.5

Otras afirmaciones con contenido más psicosocial son aquellas mediante las cuales el adolescente valora las percepciones de los otros sobre su autoimagen física, tales como: "Es importante para mí tener un buen aspecto" (AUTOT143) que responden afirmativamente el 43.5% (N=256) de los adolescentes o "Los demás piensan que soy guapo" (AUTOT11) afirmación ante la cual se muestran algo indecisos ya que recurren a las opciones intermedias de respuesta, indecisión que se trasforma en un más

firme rechazo de la afirmación "Nadie piensa que soy guapo" (AUTOT99) (nivel 1: falso, 36.8%, N=218).

La interpretación de la percepción social de nuestra apariencia física es, pues, fundamental por la multitud de connotaciones psicosociales que se desprenden de ella.

TABLA 2

DISTRIBUCIÓN DE RESPUESTAS Y PORCENTAJES DE RESPUESTA ANTE LOS ÍTEMS QUE MIDEN LA VALORACIÓN NEGATIVA DE LA AUTOIMAGEN FÍSICA

DAFIN: DIMENSIÓN <i>APARIENCIA FÍSICA (ítems -)</i>	F. %	2 %	3 %	4 %	5 %	V. %
AUTOT44 Hay un montón de cosas respecto de como soy físicamente que me gustaría cambiar	24.4	10.6	16.9	15.4	10.4	22.2
AUTOT55 Soy feo/a	29.7	15.6	23.3	15.1	5.5	10.8
AUTOT66 Odio la forma en como me veo físicamente	39.7	15.8	16.2	13.5	4.0	11.3
AUTOT77 La mayoría de mis amigos/as son más guapos/as que yo	16.7	9.0	25.9	24.4	8.4	15.6
AUTOT99 Nadie piensa que soy guapo/a	36.8	15.7	22.3	12.5	4.9	7.9

A continuación se procede a la verificación o refutación del supuesto relativo a que ciertos desajustes, tales como inestabilidad emocional, un bajo concepto general de sí mismo, así como síntomas de un posible cuadro depresivo ansiógeno, ciertas quejas somáticas y problemas de relación con los iguales –esto es, escasa y/o inadecuadas habilidades sociales y comunicacionales con los iguales– contribuirían a clasificar la percepción e interpretación de la apariencia física.

Como se expone en la Tabla 3 las mencionadas variables, así como otras incluidas en la investigación y no aludidas en este artículo, contribuyen a clasificar adecuadamente a los adolescentes según su autopercepción de la apariencia física.

La confirmación de este supuesto de predicción se ha realizado con un nivel de agrupamiento de casos correctamente clasificados moderado, del 75.57%. En el Grupo 1 (autopercepción física positiva) el 78.6% de los sujetos (N=293) pertenecen al grupo de pertenencia predicho y del Grupo 2 (autopercepción física negativa) este porcentaje desciende a un porcentaje cercano al 70% (68.4%, N=106). Por otra parte, mientras que 80 sujetos (21.4%) adscritos al nivel de respuesta propia del Grupo 1 han sido clasificados incorrectamente este número asciende a un 31.6% (N=49) del segundo grupo de clasificación. La medida de la asociación entre las

puntuaciones discriminantes y los grupos equivalentes obtenida mediante la correlación canónica ha sido de .4769, siendo la porción de la varianza total de las puntuaciones discriminantes que no ha sido explicada por la diferencia entre los grupos, esto es, el valor del estadístico Lambda de Wilks es de .772592 lo que apunta a que hay otras muchas variables intervinientes no investigadas que contribuyen, asimismo, a la construcción social de la autoimagen física.

TABLA 3

RESULTADO DE LA FUNCIÓN DISCRIMINANTE *PERCEPCIÓN DE LA APARIENCIA FÍSICA*

GRUPO REAL	N DE CASOS	GRUPO DE PERTENENCIA PREDICHO	% Cr.
1. PERCEPCIÓN + DE LA APARIENCIA FÍSICA	373	78.6% (N=293) 21.4% (N=80)	75.57
2. PERCEPCIÓN - DE LA APARIENCIA FÍSICA	155	31.6% (N=49) 68.4% (N=106)	

Con la intención de indagar sobre la posible implicación en la predicción de la autoimagen física de diversas variables, en esta investigación hemos considerado como pertinentes la inclusión de todos los factores del Y.S.R. (F1DA: Depresión/Ansiedad; F2CD: Conducta Desviada; F3CA: Conducta Agresiva; F4QS: Quejas Somáticas; F5PP: Problemas de Pensamiento; F6PRF: Problemas de Relación y 7BA: Búsqueda de Atención) y los ítems indicativos de desajustes y trastornos a nivel emocional, socioafectivo y comportamental (PROBLEMA); así como las dimensiones de inestabilidad emocional (DEEMN), relaciones insatisfactorias con los iguales (DRIGGN, DRIGSN y DRIGXN) y bajo autoconcepto a nivel general (DGENN). Los resultados hallados coinciden en señalar la implicación de otras variables en el proceso de conformación de la autoimagen física, la cual en los adolescentes, según diversos autores (Garrison, 1978; Monedero, 1982; Herbert, 1988), está conectada con el concepto del yo.

De las variables implicadas en la predicción de la función discriminante no todas contribuyen a clasificar adecuadamente por igual, sino que algunas de ellas discriminan mejor que otras, además se constata que existen diferencias en los valores medios hallados en cada uno de los

factores tomando en consideración los niveles de la variable considerada (AUTOT66), de modo que en todos ellos las diferencias halladas se dirigen en la dirección apuntada. Esto es, se puede apreciar que en todos los factores aludidos que miden desajustes o indicios de trastornos a nivel emocional y socioafectivo la media del grupo de clasificación 1 (percepción no negativa de la apariencia física) es inferior a aquella hallada para los individuos que manifiestan tener una autoimagen física más negativa, los cuales, por tanto, presentan puntuaciones más elevadas ante este tipo de indicadores.

La comprobación de la significación estadística de las puntuaciones medias a las que hemos aludido se refleja en la Tabla 4. Se aprecia que todas las diferencias de medias son altamente significativas ($\text{sig}=.0000$ y $\text{sig}=.0059$ para DRIGSN) excepto dos de ellas, las relativas al factor de Conducta Desviada (F2CD) ($F=.1716$, $\text{sig}=.6788$) y Búsqueda de Atención (F7BA) ($F=2.4664$ y $\text{sig}=.1169$). En el resto de factores, que incluyen afirmaciones que aluden ya sea a desajustes de tipo depresivo-ansiógeno (p.e. "deliberadamente he tratado de hacerme daño a mí mismo o suicidarme"), quejas somáticas (p.e., "tengo problemas médicos sin ninguna causa médica conocida"), indicativos de rituales compulsivos (p.e., "repito constantemente algunas acciones") u otros trastornos anímicos así como puntuaciones bajas en autoconcepto general, sí se ha confirmado la existencia de diferencias significativas entre las puntuaciones medias.

TABLA 4

CONCRECIÓN DE LA EXISTENCIA DE DIFERENCIAS SIGNIFICATIVAS EN LAS VARIABLES CONSIDERADAS TOMANDO COMO FACTOR AUTOT66

VARIABLE	WILK'S LAMBDA	F	SIGNIFIC.
DEEMN	.85523	89.0378	.0000
DGENN	.85653	88.1070	.0000
DRGGGN	.95877	22.5398	.0000
DRIGSN	.98569	7.6367	.0059
DRIGXN	.95197	26.5398	.0000
FIDA	.84446	96.8815	.0000
F2CD	.99967	.1716	.6788
F3CA	.96606	18.4815	.0000
F4QS	.96470	19.2492	.0000
F5PP	.97783	11.8724	.0006
F6PR	.96195	20.8061	.0000
F7BA	.99533	2.4664	.1169

PROBLEMA	.90441	55.5925	.0000
-----------------	--------	---------	--------------

Como indicador del tipo de variable que contribuye a agrupar correctamente los casos adscritos a cada una de las categorías de respuesta en la Tabla 5 se exponen los pesos relativos de cada factor aludido en la función discriminante. El elemento que más discrimina, con un peso relativo de .79104, es el factor Depresión/Ansiedad (F1DA) compuesto por 10 ítems mediante los cuales se indaga sobre sentimientos de diversa índole tales como sensaciones de soledad, confusión, acciones de autolesión, sentimientos de inferioridad o de manifiesta falta de afecto que, habitualmente, son conectados en la literatura sobre el tema con el tipo de sentimientos de falta de aceptación de uno mismo y de percepción de rechazo de los demás que pueden confluír en un adolescente con una autoimagen física negativa (véase Rodríguez, 1995). En estrecha conexión con lo expuesto con anterioridad este presupuesto se confirma ya que las dimensiones de Estabilidad Emocional negativa (DEEMN) y Autoconcepto General negativo (DGENN) son las otras dos variables que más contribuyen a discriminar (.75835 y .75437, respectivamente).

Tras estos factores los mayores pesos relativos corresponden a las dimensiones Problema (.59922) (p.e. "consumo alcohol o drogas no prescritas"; "me gustaría pertenecer al otro sexo"; yrs11: "dependo demasiado de las personas mayores", etc.) o Relación negativa con los Iguales de distinto sexo (DRIGXN) (.41403) y en general (DRIGGN) (.38225) las cuales incluyen afirmaciones destinadas a medir ciertos déficits en habilidades desplegadas en procesos interactivos (p.e. "me resulta difícil hacer amigos de mi propio sexo") así como rechazo de los iguales ("la mayoría de los chicos intentan esquivarme" o "los chicos se burlan de mí con frecuencia") entre otros procesos psicosociales propios de la interacción social.

TABLA 5

PESO RELATIVO DE CADA VARIABLE EN LA
FUNCIÓN DISCRIMINANTE

VARIABLES	FUNCIÓN DISCRIM.

F1DA	.79104
DGEEMN	.75835
DGENN	.75437
PROBLEMA	.59922
DIRGXN	.41403
DRIGGN	.38225
F6PR	.36659
F4QS	.35260
F3CA	.34550
F5PP	.27692
DRIGSN	.22209
F7BA	.12621
F2CD	.03329

Por último, ordenados por importancia de peso en la función discriminante se especifica a continuación otros factores tales como: Problemas de Relación (F6PR); Quejas Somáticas (F4QS); Conducta Verbal Agresiva (F3CA); Problemas de pensamiento (F5PP) o valoración negativa de la relación con los iguales del mismo sexo (DRIGSN) con un peso relativo en la función discriminante superior a .22. Los factores relativos a la conducta insidiosa de molestia o fanfarroneo (F7BA) y trastornos en el comportamiento tales como ataques físicos o amenazas (F2CD) obtienen los pesos más bajos.

Por otra parte, se ha comprobado que la mayor preocupación por la autoimagen física y por los sucesivos cambios a nivel corporal que se supone atentan contra la estabilidad del sí mismo de los adolescentes afecta en mayor medida a las adolescentes, cuestión que se ha comprobado con alta significación estadística ($F \text{ ratio}=91.3949$, $F \text{ Prob}= .0000$). Este supuesto se apoya en que, por lo general, manifiestan mayor inestabilidad en el ámbito emocional (falta de seguridad, ansiedad, hipersensibilidad) ante el advenimiento de cambios o desajustes a nivel corporal (véase Siegel, 1982; Herbert, 1988; Toro, 1993; Rodríguez, 1995). En efecto, este supuesto se ha comprobado ya que, por un lado, se ha constatado que existen diferencias significativas ($F \text{ ratio}=22.7286$, $F \text{ Prob}= .0000$) entre los valores obtenidos ante la valoración positiva de la percepción de la imagen física a favor de los adolescentes varones que puntúan más ante afirmaciones que denotan satisfacción y/o conformidad con su aspecto (véase Tabla 6). Asimismo, en las medias muestrales obtenidas ante la dimensión que mide cierta disconformidad con la apariencia física (DAFIN), en el caso de las adolescentes se obtuvieron un valor medio considerablemente superior en

esta dimensión del concepto de sí mismas respecto a los varones (véase Tabla 7). Se confirma, pues, la tendencia de respuesta postulada.

TABLA 6

COMPARACIÓN DE MEDIAS (ANOVA de un factor, F prob=.0000) EN LA DIMENSIÓN DE AUTO-EVALUACIÓN POSITIVA DE LA AUTOIMAGEN CORPORAL EN FUNCIÓN DE LA VARIABLE SEXO

CONTRASTE DAFIP (ITEMS +)	MEAN	ST. DESV.	ST. ERRO R	95 PCT. CONT INST FOR MEAN
VARONES (N = 264)	21.0417	6.3637	.3917	20.2705 TO 21.8128
MUJERES (N = 311)	18.5595	6.0983	.3458	17.8791 TO 19.2399

TABLA 7

COMPARACIÓN DE MEDIAS (ANOVA de un factor, F prob=.0000) EN LA DIMENSION DE AUTO-EVALUACION POSITIVA DE LA AUTOIMAGEN CORPORAL EN FUNCION DE LA VARIABLE SEXO

CONTRASTE DAFIN (ITEMS -)	MEAN	ST. DESV.	ST. ERRO R	95 PCT. CONT INST FOR MEAN
VARONES (N = 272)	12.492 6	5.0408	.3056	11.8909 TO 13.0944
MUJERES (N = 316)	17.038 0	6.2937	.3541	16.3414 TO 17.7346

En definitiva, como hemos constatado, multitud de variables incluidas en los factores y dimensiones consideradas intervienen en el proceso de construcción social de la autoimagen física individual, sin embargo, mediante los resultados encontrados en la verificación de la hipótesis también se ha hallado que las variables apuntadas contribuyen a clasificar adecuadamente, pero son insuficientes ya que otras muchas modulan los resultados y pueden discriminar en mayor medida. Recordemos la dificultad en considerar lo que es la *imagen corporal* concepto distinto, en

opinión de Justo (1996), del *esquema* y del *concepto corporal* mediante el cual se haría referencia a la experiencia subjetiva del propio cuerpo y la sensación respecto de él que es influida por multitud de experiencias derivadas de la relación con los iguales y de la interpretación de las mismas. En fin, el adolescente ha de adaptarse ininterrumpidamente a los cambios corporales y a los sentimientos y actitudes que aquéllos le generan, como rudimento de su sentido de identidad psicosocial.

DISCUSIÓN GENERAL

El estudio de la *autoimagen física* como elemento constitutivo del concepto de uno mismo también se llevó a cabo dado su interés por el nivel de edad objeto de estudio en esta investigación. Se ha confirmado la existencia de una conexión entre la percepción negativa de la imagen corporal y ciertos trastornos a nivel emocional (depresión/ansiedad, inseguridad e inestabilidad, etc.) y socioafectivo (problemas de relación, conducta agresiva). Asimismo, se indagó sobre la modulación social de la construcción de la autoimagen corporal ya que, como expusimos, la imagen corporal constituye un elemento central en la estabilidad del concepto de sí mismo y en la construcción de la identidad confirmándose la existencia de un peso relativo moderado en la función discriminante. La existencia de diferencias intersexuales en el sentido apuntado también se ha confirmado con alta significación estadística, hecho que ha de interpretarse dentro de las coordenadas y priorización de ciertos cánones estéticos de la sociedad de nuestros días a los que, fundamentalmente las adolescentes, anhelan conformarse como supuesta garantía de integración en el grupo de iguales y cuyo desajuste a los mismos lo interpretan como una posibilidad de rechazo con las nefastas consecuencias a nivel psicoafectivo-emocional y social que representa siquiera esta *profecía autocumplida*.

En lo referente a la conexión *autoimagen corporal-identidad* se podría convenir en que la conciencia de sí mismos de los adolescentes abarca una *identidad existencial* –reconocimiento de una entidad individual que permanece a lo largo del tiempo– y una *identidad categorial* en la que se incluirían el sí mismo corporal, sexual, de género, etc., como aspectos básicos (Domínguez, 1995, p. 202) condicionados ambos socialmente. Y es que –aunque en esta oportunidad no hemos aludido a los cambios psicoevolutivos operados en la autoimagen corporal y su vinculación con las sucesivas modificaciones a la que se ve sometida la identidad del

adolescente– se conviene que los jóvenes van desarrollando durante la adolescencia multitud de sentimientos y actitudes, más o menos contradictorios, hacia sus cuerpos, factor que contribuye significativamente a la evolución de su sentido de identidad personal (Herbert, 1988). La propia percepción del adolescente de su autoimagen corporal, así como la interpretación subjetiva de la misma y de la modulación de la que es objeto por sus otros significativos, constituye uno de los factores que conforman su identidad personal, si bien cabría apuntar la posibilidad de que los adolescentes posean varias identidades, tantas como percepciones, más o menos subjetivas, de su imagen por los miembros integrantes del grupo cuyas opiniones modulan la propia autoimagen.

En virtud de lo expresado, el esquema corporal constituye un aspecto importante de la autoimagen del adolescente. Se asiste, pues, a una reorganización de la identidad condicionada por las modificaciones experimentadas al triple nivel: físico, psicológico y social. El cambio corporal propio de este período, según Moreno (1990), provoca consecuencias en la autoimagen física, esto es, repercute sobre aspectos psicológicos tales como el autoconcepto y, también sobre un aspecto netamente social –o más bien psicosocial– como es la relación con el grupo de iguales, dentro o fuera del ámbito académico, y en el ámbito familiar.

En síntesis, lo cierto es que la aproximación de la silueta del adolescente a la adulta supone sucesivas adaptaciones y percepciones más o menos renovadas acerca de su imagen; así como frecuentes emociones y cogniciones en constante cambio, pero, habitualmente, resueltas de modo eficaz, adaptativo. La percepción corporal infantil se va modificando y ampliando generalmente para así garantizar un ajuste, más o menos óptimo, a la estructura corporal que el individuo posee en cada momento, cuestión ésta que se tiende a resolver de modo no traumático. No obstante, cuando existe una discrepancia entre su autoimagen y su yo idealizado puede surgir cierta ansiedad e hipersensibilidad en el adolescente que puede empeñarse en alcanzar ese canon socialmente construido, aunque fracase en el intento. Y a este respecto, recordemos que –para fraseando a William James en su *Principles of Psychology* (1890)– sin un intento no puede haber fracaso; sin fracaso no hay humillación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Abraham, A. (1963). *Le dessin d'une personne*. Neuchâtel: Delachaux & Niestlé.

- Adelson, J. (1970).** What generation gap?. *New York Times Magazine*, 18, Enero, 10.
- Alvaro Estramiana, J.L. (1995).** *Psicología social: perspectivas teóricas y metodológicas*. Madrid: Siglo XXI.
- Burns, R.B. (1990).** *El autoconcepto. Teoría, Medición, Desarrollo y Comportamiento*. Bilbao: Ega.
- Canal, A. (1966).** *Las crisis de la adolescencia*. Barcelona: Novaterra.
- Cánovas, G. (1995).** *Adolescentes y alcohol. Recomendaciones para padre y educadores*. Bilbao: Mensajero.
- Coleman, J.C. (1985).** *Psicología de la adolescencia*. Madrid: Morata.
- Deconchy, J.P. (1975).** El conflicto entre la dependencia y la independencia en el adolescente; en Leif, J. y Luif, P. *Textos de psicología de la adolescencia*. Madrid: Narcea.
- Doise, W. y Lorenzi-Cioldi, F. (1991).** L'identité comme représentation sociale; en Aebischer, V., Deconchy, J.P. y Lipiansky, E.M. (eds.). *Idéologie e représentations sociales*. Cousset: Delval.
- Domínguez, P (1995).** Sexo y género; en Beltrán, J. y Bueno, J.A. (eds.) (1995). *Psicología de la educación*. Barcelona: Mancorbo Universitaria.
- Erikson, E.H. (1972).** *Sociedad y adolescencia*. Madrid: Siglo XXI.
- Fierro, A. (1985a).** Desarrollo social y de la personalidad en la adolescencia; en Carretero, M.; Palacios, J. y Marchesi, A. (comp). *Psicología Evolutiva*, Vol. II. *Adolescencia, madurez y senectud*. Madrid: Alianza.
- Fierro, A. (1985b).** Adolescencia: edad de transición. *Cuadernos de Pedagogía*, 130, 43-46.
- Fierro, A. (1990).** Relaciones sociales en la adolescencia; en Palacios, J.; Marchesi, A. y Coll, C. (comp.). *Desarrollo psicológico y evolución. Psicología Evolutiva*. Madrid: Alianza.
- Giddens, A. (1995).** *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- Grinder, R.E. (1972).** *Adolescencia*. México: Limusa.
- Gunderson E.K. (1956).** Body size, self-evaluation and military effectiveness. *Journal of Personality and Social Psychology*, 2, 902-906.
- Harter, S. (1983).** Developmental perspectives on the self-system; en Mussen, P.H. (ed.). *Handbook of child psychology*, Vol 4, *Socialization, personality, and social development*. New York: Wiley.
- Harter, S. (1986).** Cognitive-developmental processes in the integration of concept about emotions and self. *Social Cognition*, 4, 119-151.
- Horrocks, J. (1984).** *Psicología de la adolescencia*. México: Trillas.
- Jourard, F.M. y Secord, P.F. (1955).** Body-cathexis and the ideal female figure. *Journal of Personality and Social Psychology*, 2, 902-906.

- Justo, E. (1996).** Precisiones en torno al concepto de esquema corporal; en Marín, M. y Medina, J.F. (comps.). *Psicología del desarrollo y de la educación. La intervención psicoeducativa*. Sevilla: Eudema.
- Lapassade, G. (1973, or. 1963).** *La entrada en la vida. Ensayo sobre la no-terminación del hombre*. Madrid: Fundamentos.
- L'Ecuyer, R. (1985).** *El concepto de sí mismo*. Madrid: Oikos-Tau.
- Lehalle, H. (1986).** *Psicología de los adolescentes*. Barcelona: Crítica.
- Lemos, S.; Martín del Buey, F.; Ovejero, A. y Rodríguez, R. (1995, 2ª ed. revisada).** *Dimensiones psicológicas en la Educación Secundaria*. Universidad de Oviedo: Documentos del Instituto de la Educación.
- Lewin, K. (1942).** Field theory and learning; en McConnel, T.R. (dir.) *The psychology of learning, 41st Yearbook, II, Nat. Soc. Stud. Educat.* Chicago: N.S.S.E.
- López Sánchez, F. (1995).** *Educación sexual de adolescentes y jóvenes*. Madrid: Siglo XXI.
- Makris-Botsaris, E. y Robinson, P.W. (1991).** Harter's self-perception profile for children: a cross-cultural validation in Greece. *Evaluation and Research in Education*, 5, 135-143.
- Martín, M. (1991).** *Los valores actuales de la juventud en España*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales. INJUVE.
- Monedero, C. (1982).** *Psicología evolutiva y sus manifestaciones psicopatológicas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Montañés, J; Blanc, P. y Soriano, P.A. (1995).** Adolescencia; en Latorre, J.M. (coord.). *Ciencias psicosociales aplicadas I*. Madrid: Síntesis.
- Moral, M.V. (1997).** *La construcción de la identidad psicosocial mediante la interacción social en una muestra de jóvenes y adolescentes de Enseñanza Secundaria*. Universidad de Oviedo: Memoria de Investigación del Doctorado (sin publicar).
- Moraza, J.I. (1997).** Cuando hablamos de adolescencia, ¿hablamos todos de lo mismo?. Comunicación presentada al VII Congreso INFAD. Oviedo, 29 y 30 de Mayo, 125-132.
- Moreno, A. (1986).** El desarrollo psicológico del adolescente. *Cuadernos de Pedagogía*, 133, 4-8.
- Moreno, A. (1990).** Adolescencia: Perspectivas teóricas; en Madruga, J.A. y Lacasa, P. (dirs.). *Psicología evolutiva*. Madrid: UNED, Vol. II.
- Muuss, R.E. (1972).** *Teorías de la adolescencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Nixon, R.E. (1961).** An approach to the dynamics of growth in adolescence. *Psychiatry*, 24, 18-31.
- Núñez, J.C. y González-Pienda, J.A. (1994).** *Determinantes del rendimiento académico*. Universidad de Oviedo: Servicio de Publicaciones.
- Ovejero, A. (1995).** Psicología social del adolescente; en Lemos, S.; Martín del Buey, F.; Ovejero, A. y R. Rodríguez. *Dimensiones psicológicas en la*

Educación Secundaria. Universidad de Oviedo: Documentos del Instituto de la Educación.

- Ovejero, A. (1997).** *El individuo en la masa. Psicología del comportamiento colectivo*. Oviedo: Nobel.
- Pèpin, L. (1975).** *Psicología de los adolescentes*. Barcelona: Oikos-Tau.
- Ramírez Goicoechea, E. (1991).** *De jóvenes y sus identidades*. Madrid: CIS y Siglo XXI.
- Rechea, C; Barberet, R.; Montañés, J. y Arroyo, L. (1995).** *Adolescencia: ¿Un sarampión?. Delincuencia juvenil en Castilla-La Mancha*. Universidad de Castilla-La Mancha: Conserjería de Bienestar Social y Unidad de Investigación de Criminología.
- Reymond-Rivier, B. (1982-7ª ed.).** *El desarrollo social del niño y del adolescente*. Barcelona: Herder.
- Rodríguez-Tomé, H. (1972).** *Le moi et l'Autre dans la conscience de l'adolescent*. Neuchâtel: Delachaux et Niestlé.
- Secord, P.F. y Jouvard, F.M. (1953).** The appraisal of body cathexis. *Journal of Consulting Psychiatry*, 15, 275-292.
- Selman, R.L. (1981).** The child as a philosopher; en Asher, S.R. y Gottman, J.M. (eds.). *The development of children's friendships*. New York: University Press.
- Serra, E. (1997).** Adolescencia: Perspectiva Evolutiva. Desarrollo afectivo y emocional. Ponencia presentada al VII Congreso INFAD, Oviedo 29 y 30 de Mayo.
- Shavelson, R.J. y Bolus, R. (1982).** Self-concept: the interplay of theory and methods. *Journal of Educational Psychology*, 74, 3-17.
- Stone, L.J. y Church, J. (1959).** *Niñez y adolescencia: Psicología de la persona que crece*. Buenos Aires: Hormé.
- Stone, L.J. y Church, J. (1980).** *El adolescente de 13 a 20 años*. Buenos Aires: Horme.
- Tajfel, H. (1984).** *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona: Herder.
- Toro, J. (1993).** Características psicobiológicas de la adolescencia; en Sánchez Turet, M. *Uso, abuso y dependencia de alcohol en adolescentes y jóvenes*.
- Zazzo, B. (1966).** *Psychologie différentielle de l'adolescence*. Paris: PUF.